

Mis referentes

Mi primer referente es una película clave en el paisaje cinematográfico colombiano: “El Río de las Tumbas” (1964) de Julio Luzardo; una de las primeras películas que se atrevió a distanciarse del cine convencional de entretenimiento.

La historia es la de un pueblo del río Magdalena, que vive en medio de la violencia de los años 40. Mientras los cuerpos desfilan, sus habitantes están imbricados en un odio político fratricida. La narración se confronta de manera inteligente al tema de la representación de la violencia, interpretada usualmente de forma maniquea.

La película toma una opción que hará carrera: el humor. Cierta distancia le permite alejarse del sensacionalismo. Los rasgos casi caricaturales de sus personajes bastan para subrayar la estupidez de la violencia. Un eco de García Márquez sobrevuela toda la narración.

Pero esta película ha envejecido mal. Sobre todo cuando se compara con las otras que le siguieron.

Actualmente el arte plástico colombiano va un poco más lejos en cuanto a la reflexión sobre la representación de la violencia. Pienso especialmente en dos obras, cercanas a la mirada documental. “Bocas de cenizas”, que es el nombre de la desembocadura del río Magdalena, es también el título de un trabajo en video de Juan Manuel Echavarría. Cada vez que lo veo me estremezco. El dispositivo es muy sencillo, minimalista. Una serie de personas canta frente a la cámara. En primeros planos, sin referencias espaciales, escuchamos el contenido de sus canciones.

Se adivina fácilmente de lo que se trata: cada personaje es el sobreviviente de una masacre. La canción le permite volver a ese momento doloroso sin abandonarse. El ritmo y la melodía están entrecortados por el esfuerzo que implica tal ejercicio. El horror vivido se siente y el dolor de la víctima es compartido. Es una obra cuya puesta en escena simple se debe al gran trabajo acometido entre el artista y sus personajes que se sienten en confianza. Estoy completamente trastornado por la belleza y la fuerza de tal obra. Con las canciones, la narración parece ganar un espacio ante el dolor. La implicación de las víctimas refuerza el contenido.

El otro trabajo es una obra de Oscar Muñoz. Se trata de pequeños espejos, en círculos completamente homogéneos, en los que el público descubre su reflejo. La proximidad hace surgir otra imagen: la transpiración del espectador impregna el espejo y hace resurgir los rostros de víctimas de la violencia. Un N. N. (muerto no identificado) aparece sobreponiéndose a las líneas de nuestro rostro.

Esta vez, es la participación del espectador, en el tiempo corto del aliento, la que permite recuperar las víctimas del olvido. Soplando en los espejos, el espectador cree jugar pero descubre un mundo violento del que hace parte.

Me gustan estas dos obras porque plantean las posibilidades y los límites del documental. La implicación de las víctimas en la narración de la violencia me parece ineludible, siempre y cuando se le permita al espectador una distancia frente al sujeto. No se trata de recrear un mundo dramático imposible de vivir y de asimilar. Revivir la violencia en un tratamiento explícito redobla el acto y agrede al espectador que puede rápidamente saturarse.